

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo *Juan González Arintero* por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese *conocido, amado, imitado y ofrecido* tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Comuniquen las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca

E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

- A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (10 €, más gastos de envío).
A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (35 €, más gastos de envío).
M. A. MARTÍNEZ, O.P., *El P. Arintero, «restaurador de la Mística en España»* (Celebraciones vivas de los santos 65), Burgos 2004, 48 pp. (3 €, más gastos de envío)

Están disponibles estampas (0,10 €) y devocionarios del *Amor Misericordioso y de María Mediadora* (2 €, más gastos de envío).

P. Juan G. Arintero, O.P.

–*Apóstol del Amor Misericordioso*–

Boletín Informativo

Año III –nº 7– Enero-Abril 2008

Causa de Canonización

Promotor: *Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.*

«*Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen*» (P. Arintero).

EDITORIAL

La influencia de un buen libro en la vida del P. Arintero (II)

Otra idea que el P. Arintero leyó en el libro de H. Joly (*La psicología de los santos*), y que luego aplicó a su vida y también divulgó en sus escritos, es la definición de *mística*. A juicio de este autor la mística católica no es otra cosa que «el amor a Dios». Este amor es el fondo y la esencia primera de la mística católica. La mística verdadera es el primer paso necesario para alcanzar la santidad. Es el paso que nos abre a una carrera larga, espinosa en la que estamos invitados a multiplicar los esfuerzos y las acciones. Para H. Joly todo cristiano en estado de gracia ama a Dios y es místico en mayor o en menor medida. Pero el místico por excelencia, es decir, el santo, es aquel cuya vida está envuelta y penetrada por el amor a Dios. El santo es aquella persona amada de Dios y que ama a Dios. De esta reciprocidad de amor saca una fuerza extraordinaria, pues la santidad de vida, lejos de aniquilar nuestra naturaleza, constituye su complemento necesario.

Uno de los capítulos de este libro está dedicado a la sensibilidad, el amor y la acción de los santos. A veces se piensa que el místico es alguien que ha llegado a ser insensible y que la tierra ya no le conmueve. Sin embargo, ocurre todo lo contrario, el místico está convencido de que precisamente antes de su conversión su sensibilidad estaba muerta y de que la gracia le ha devuelto la vida. Eso decía santa Teresa de Jesús de sí misma: «Tenía entonces el corazón tan duro, que hubiera podido leer toda la pasión sin derramar una sola lágrima. ¡Tan grande era la insensibilidad que me desolaba!»

La ley de la santidad es desprenderse de todo aquello en lo que uno se complace sólo por amor propio. Pero una vez que se ha aniquilado el amor propio ya no solamente no está prescrito desprenderse de todo, sino que está mandado amarlo todo, con tal de que sea por amor a Dios.

Si alguien objeta que amar al mundo entero es lo mismo que no amar a nadie, puede fijarse en el amor de los santos hacia todos los necesitados. Se trata de un amor bien concreto. En ellos sigue existiendo el afecto natural, pero

de modo diferente. Este afecto depende de las condiciones de su estado. Si un santo está casado, será un modelo de esposo o de esposa también en cuanto al amor humano. No hay dificultad en conciliar el amor humano con el amor a Dios. Es más, todo deber de estado, cumplido según la ley y de corazón, conduce a Dios. Es cierto que el amor que el santo siente hacia al padre, la esposa o el hijo es un amor purificado, pero eso no significa que esté disminuido. Incluso los que rompieron con la familia y el mundo lo hicieron para unirse a ellos de otra forma. La mayoría de las personas que dejan a sus padres por causa de su vocación religiosa se reconocerían en las siguientes palabras de santa Teresa de Jesús: «Acuérdaseme a todo mi parecer y con verdad, que cuando salí de la casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me aplastaba por sí». Desde el convento santa Teresa siguió muy pendiente de todos sus familiares. Otro ejemplo de este amor natural que permanece después de haber tomado una opción de vida radical lo encontramos en santa Chantal, quien después de haber fundado su Orden, continúa ocupándose con igual ahínco que antes en casar a sus hijos e hijas y amando a los suyos con tal intensidad, que siente un inmenso dolor por su pérdida o por las tristezas que ellos experimentan a su vez por la pérdida de un marido o de un hijo.

Este amor de los santos va acompañado de una amable condescendencia con los *ligeros placeres* que inspiran amor a la vida o que ayudan al menos a soportar las cargas demasiado pesadas. Los santos no buscan voluntariamente esos placeres para sí mismos, pero, en la necesidad, se las ingenian para procurárselos a los demás, sobre todos a los jóvenes, enfermos y afligidos. Y cuando el santo más austero recibe los cuidados de alguno de los suyos, le agradece a Dios haberle dado un buen compañero.

Respecto del amor a Dios por parte de los santos, H. Joly se detiene a analizar solamente dos aspectos: su relación con el sufrimiento y con la acción. Comienza su análisis con las siguientes palabras de M. Olier, místico francés del siglo XVII: «Jamás dudé de que el fondo del cristianismo consiste en el padecimiento». Y con otra frase de María Rousseau que dice así: «¡Ay! ¡Qué fácil es amar gozando! Lo difícil es amar padeciendo; esto es lo que me parece que es la verdadera señal del amor».

Este «amar padeciendo» puede entenderse de dos formas. Puede aceptarse el sufrimiento como condición para alcanzar una recompensa; pero en este caso se trataría de un sufrimiento mercenario. En cambio, puede amarse el sufrimiento por un fin por el que vale la pena hacer todos los esfuerzos humanos. Santa Catalina de Siena le decía al papa Urbano VI que Jesús «siempre, desde el principio del mundo hasta su fin, quiso y querrá que no se haga cosa grande sin sufrir mucho». También M. Olier se decía a sí mismo: «Señor, no puedo atestiguarle mi amor más que sufriendo. ¡Ay! Señor, si no te

atestiguo mi amor por la manera que vivo, el sufrimiento te dará la seguridad de que te amo».

H. Joly se pregunta: «¿Encontraremos ahora tan insensatos a todos los santos que, llenos de inquietud por el reino de Dios, repetían las palabras de santa Teresa: “Sólo los padecimientos pueden en adelante hacerme soportable la vida. Padecer: éste es mi anhelo más ardiente. ¡Cuántas veces de lo íntimo de mi alma levanto este grito a Dios: Señor, una cosa os pido: o padecer o morir?”»

El santo sale al encuentro del padecimiento. Es lo que se denomina «ascetismo». Esta palabra significa «ejercicio». El santo se ejercita en primer lugar en soportar pacientemente el sufrimiento; luego lo afronta a pesar de la repugnancia que siente su naturaleza humana, y finalmente lo ama. Pero el santo, al sufrir gustoso se ejercita también en el querer y en el obrar, convirtiendo en una sola cosa el amor y la voluntad.

Según cierta psicología, el placer estimula la acción y el dolor la detiene. Es cierto que el dolor detiene la acción cuando agota las fuerzas, o cuando se temen los sufrimientos que el mismo dolor aviva, o cuando no se puede o no se sabe convertirlo en útil. Pero el sufrimiento de los santos no se refiere a ninguno de estos tres casos. El sufrimiento de los santos no resta vigor a la acción. Precisamente, el punto culminante en la vida de los santos es la acción. En el libro *Imitación de Cristo* se dice que «el que mucho hace mucho ama». Y en otro lugar se dice también que el amor «no siente su carga ni le fatigan los trabajos; jamás le sirve de excusa lo imposible, puesto que cree que tolo le es permitido y posible».

El amor verdadero está en el sacrificio gratuito y no en el placer; está ante todo en la fuerza y en la eficacia. Amar a Dios es servirle con humildad, con fortaleza y con justicia. Lo que aman los santos no es el padecimiento pasivo ni la tristeza. Hay muchos testimonios que confirman esta verdad. Santa Teresa de Jesús se expresaba al respecto con estas palabras: «Nada temo tanto como ver a nuestras hijas perder la alegría del alma: sé muy bien lo que es una religiosa triste».

En el alma del santo se mezclan dos estados aparentemente opuestos: una alegría constante y un padecer buscado y provocado. Pero los padecimientos que aman los santos son padecimientos activos; son los dolores de parto de alguien que nace o renace a la vida espiritual. Semejante parte es el producto y el signo del amor.

La acción de los santos está alimentada por la contemplación; ésta hace el trabajo más eficaz.

Todas estas ideas que se encuentran en el libro de H. Joly podemos rastrearlas tanto en los escritos del P. Arintero como en su propio comportamiento.